

Deseo, vínculo social y creación colectiva

Guadalupe Rocha*

María Luisa Murga**

CON ESIE TRABAJO pretendemos llevar a cabo la discusión de algunos de los elementos presentes en el entramado de relaciones que denominamos lo social de los colectivos humanos. Tomamos lo social como el proceso socio-histórico que abarcaría las facetas simbólicas, económicas, políticas, estéticas, singulares y técnicas de la vida de una colectividad y donde se llevan a cabo fenómenos íntimamente relacionados con lo que se ha dado en llamar "subjetividad". Desarrollamos la reflexión con base en la concepción que se esboza arriba destacando una de las cualidades de la vida colectiva y que retomamos, haciendo una lectura a la luz de formulaciones contemporáneas, de aquello que Durkheim (1912:212 y s.) señaló como el "pseudo-delirio" de lo social, al referirse a los estados de efervescencia colectiva que se producen cuando los sujetos se reúnen y pareciera que se sumen en destellos derivados de compartir ciertas representaciones colectivas, las que por contener materia psíquica atribuyen a las cosas cualidades que no existen en forma alguna y que por efectos de la elaboración colectiva adquieren no sólo las figuraciones que se les conocen sino también la fuerza que les permite movilizar a los sujetos hacia tales estados y a la acción colectiva. En este caso, el "pseudo-delirio" al que nos referimos no tiene que ver con esa "verdad histórico-vivencial" que no ha podido sustraerse a *la maldición del aislamiento* (Freud, 1939:81-83) y que sólo puede resurgir como delirio en la locura. Las

* Psicoanalista, candidata a doctora en Ciencias Sociales, Área de Psicología Social de Grupos e Instituciones por la UAM-Xochimilco. Docente de Posgrado en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

** Psicóloga con doctorado en Ciencias Sociales, Área de Psicología Social de Grupos e Instituciones por la UAM-Xochimilco. Docente de licenciatura en la Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM, y de Posgrado en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

formulaciones sociales que señalamos tienen la particularidad de, en efecto, postular una verdad socio-histórica pero que por sus cualidades se sustrae a la maldición de la clausura y que en sí misma conlleva la fuerza de la creación imaginaria.

Entendemos esos estados de "efervescencia social", no sólo como los estados fugaces descritos por algunos autores en relación con las masas, donde la inminencia y transitoriedad, la fugacidad del momento "creativo" no deja —desde su perspectiva— una huella específica y metabolizable de lo acontecido. Por el contrario, situamos la reflexión precisamente en los elementos que se ponen en juego para que, inmersos en tal efervescencia, los sujetos se abandonen en las más diversas formas de "comunidad social", capaces de crear nuevos mundos, identidades, formas de expresión aparentemente al margen de los propios sujetos, de lo individual. Es decir, si a pesar de que se afirma que singularmente nos anima la búsqueda de la "satisfacción personal", ¿qué resonancias del abandono suscitado por la experiencia del placer se encuentran en la reunión colectiva?, ¿qué del placer individual se encuentra en el establecimiento del vínculo colectivo?, ¿cuánta incitación encontramos en ese vínculo, para la búsqueda de nuevos placeres?

Pensamos que en la formación de esos estados colectivos está presente la búsqueda de satisfacción individual que implica la limitación, apoyo e incitación para nuevos contactos, que incluso movilizan a la búsqueda de nuevos placeres. Consideramos al sujeto singular como aquel que se ha constituido no sólo como individuo biológico perteneciente a la especie humana sino que además en ese proceso y a partir de la "primera" experiencia a la que se puede enunciar como aquella que comprometió en un solo momento a la *boca-pecho-placer-leche* (Zapolsky, s/d), estuvo presente también, entretrejido, el vínculo social. Con esto nos referimos a que las huellas dejadas en la psique del *infans* por los primeros contactos están vehiculizadas por un otro inmerso en un universo social, atravesado por su propio contexto cultural y es desde ese lugar que incluye al bebé en ese mismo universo.

Es a partir de estas primeras consideraciones que nos proponemos realizar la discusión en torno de cómo ese sustrato social está "apoyado" en los procesos psíquicos singulares que se "desatan" a partir de tal primer momento referido, de cómo esos mismos procesos son incitación,

límite y apoyo para lo social y a su vez de lo singular. Dos de los elementos que entran en juego, que se desatan, son los procesos tanto de la dinámica del deseo como los de la representación singular. Ambos serán "nuestros procesos centrales". Siempre en el entendido de que los pensamos en el contexto de su articulación más amplia, y con ello queremos decir que tomaremos las nociones de deseo, fantasmaticización y representación singular sin que signifique que las "extendemos" sin matices ni mediaciones a lo social. Con la noción de apoyo intentamos establecer que ambos se alimentan y configuran mutuamente en una relación que incluye deseo, fantasmaticización y representaciones singulares, que es configurada en y configura a los procesos colectivos.

Si pensamos al sujeto humano como sujeto del deseo, es pertinente hacer la exposición de los factores que nos permitan dilucidar la posible articulación entre esta concepción y la que hemos planteado acerca de lo social. En este contexto nos apegamos a la concepción de que en la dinámica del deseo resulta inherente e inevitable el proceso de "apuntalamiento" —noción que no desarrollaremos ampliamente, sólo la mencionamos como parte importante en la articulación de la dinámica del deseo. Lo anterior implica tener en cuenta que el sujeto inicia su proceso de constitución psíquica "apuntalado" también en los órdenes de los procesos biológicos constituyentes de su particularidad de organismo de la especie humana y que a partir de tal momento dejará de pertenecer a ese solo ámbito y entrará en la profunda complejidad que nos constituye.

En este proceso las primeras representaciones psíquicas, aquellas que inauguran la psique, están marcadas por el encuentro del *infans* no sólo con su propio cuerpo, es decir, con las sensaciones y necesidades biológicas emanadas de su cuerpo sino también y de manera igualmente ineludible por el encuentro con un otro, con la psique de este otro que va a proporcionarle los cuidados y alimentos necesarios para que logre sobrevivir, ya que en los primeros tiempos de la vida el bebé es incapaz de hacerlo por sí mismo. Para "ser humano", devenir sujeto, apropiarse de una singularidad y poseer una identidad, tendrá que recorrer un largo trayecto y sufrir lo que Piera Aulagnier denomina como "violencia primaria", término que designa *la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde*

para el otro a la categoría de lo necesario (Aulagnier, 1991:36). Esto significa, por ejemplo, que el llanto del bebé será traducido por el agente materno como un llamado, una demanda (de alimento, limpieza, presencia, etcétera) frente a lo cual se presume poseedora del saber y de los "bienes" que el bebé requiere. Sus acciones involucran, de esta forma, deseos y demandas adjudicadas al bebé, colocándose como destinatario fundamental de éstos y respondiendo además con un "plus de sentido". Es precisamente a través del particular encuentro con la madre —o su agente—, como primer representante de los otros, que el bebé tendrá acceso al territorio del deseo; el bebé se encuentra con un plus que no pertenece al orden de la pura satisfacción de la necesidad, pues sabemos que puede ser alimentado y seguir "hambriento"; no logrará apaciguarse, "satisfacerse", hasta que ese otro (madre) sea capaz de "oír" que se trata de otra clase de alimento el que requiere y que sólo podrá calmar siempre de manera temporal y con ello "arrancarlo" parcialmente del exclusivo orden biológico. Anclado en el cuerpo, pero un cuerpo que estará ya erogenizado, es como se presenta el deseo; la tendencia entonces es a repetir algo del orden de la sexualidad (en tanto disminución de la tensión psíquica). Estas primeras marcas que se producen en la psique del *infans*, son marcas que dibuja la madre en el cuerpo de su hijo a partir de la trayectoria que su propia sexualidad le ha ido imprimiendo y son las que busca repetir el deseo; por lo que en estos tiempos constitutivos y fundantes, el deseo es inseparable de lo sexual, y aun diríamos más: el deseo es la búsqueda de lo sexual por definición.

Asimismo, consideramos la definición de deseo en su carácter de "tendencia", de motor y movimiento psíquico. Retomando la definición freudiana, sabemos que como principio de funcionamiento es "búsqueda de identidad de percepción" y ponemos el acento en la noción *de búsqueda*. Es decir, la tendencia a repetir un primer encuentro en el que se produjo la primera experiencia de satisfacción y que nos remite nuevamente al tema del apuntalamiento, pues a partir de que la madre "entiende" que el bebé "tiene hambre", cómo y cuándo es lo que el bebé "siente", sabe qué necesidad tiene que satisfacer, y brindando el objeto alimento ofrece, además de la leche, una experiencia de placer, un plus de excitación que también será ella la encargada de "calmar". Es a partir de estos primeros encuentros, en los que todavía parecerían confundirse las

diferencias que ya están establecidas entre los objetos que el ser humano requiere para vivir en los que se configura el deseo, mismo que constituye la fuente que llevará a la búsqueda de repetir lo irrepitable del placer, a la búsqueda de ese primer mítico objeto que experimentó esa "primera vez".

Se establece entonces un movimiento constante que irá re-constituyendo representaciones en las que se repite lo irrepitable de la experiencia buscada, se repetirá la búsqueda y se encontrará siempre un plus de diferencia; primero, la alucinación del pecho en la que no hay representación de ningún pecho como tal, que se describe como representación boca-pecho para tratar de aprehenderla pero a sabiendas de que estamos dándole nombre a lo innombrable, que son las huellas en la psique dejadas por una serie de olores, sabores, sombras, luces, texturas, forjadas a partir de cada uno de los encuentros sensoriales que han ido provocando las excitaciones fuente e incitación del deseo. Posteriormente, la aparición de la fantasía, en la que fieles a Freud entendemos como puesta en escena de la realización del deseo, deseo de fusión con otro, pero en la que ya existe un otro, llámese pecho, madre... un otro separado del cuerpo y re-encontrado en la fantasía negando la separación ya reconocida.

Del lado de la madre también debemos tomar en cuenta que están en juego sus deseos con respecto al bebé y por él, pero aquí entramos en otro registro en cuanto a los deseos se refiere, pues la madre es un ser constituido psíquicamente, lo cual significa que tiene reprimida su sexualidad infantil, sus deseos edípicos y por lo tanto se vincula con su hijo sobredeterminada por lo anterior, pero desde una lógica en donde los deseos han sido transformados de acuerdo con su cultura, con lo aprobado socialmente como lícitos y necesarios. No se trata de un "cuerpo a cuerpo", por más que exista una sobredeterminación del inconsciente; lo fundamental reside en que el pecho, por ejemplo, ocupa el lugar de vehículo, de tal forma que la madre en realidad ofrece lo que ese pecho le representa: amor, cuidados, ternura y, para ella, la posibilidad de ser reconocida y reconocerse como "una buena" madre. El ser humano al nacer, por lo tanto, requiere de un otro que esté inmerso en lo social y que desde el discurso específico de su cultura le proporcione con la leche, con sus caricias, con su voz, un sorbo de ese mundo y de ese discurso de los otros, de tal forma que se establezcan las fronteras, siempre tenues, a veces invisibles, que vinculan y separan, que apuntalan y se apuntalan en eso que llamamos lo social.

Al inicio hacíamos referencia a los "destellos" en los que parecieran sumirse los hombres que, reunidos, a veces, dieran la impresión de compartir el "pseudo-delirio" que implica ser arrastrado a un mundo completamente diferente al que pudiera considerarse como lo real-concreto. La cuestión tiene como fondo las reflexiones en torno de cuáles son los procesos que conforman la vida colectiva y además lleva implícita la solicitud de explicación sobre cuáles son las relaciones que se establecen entre el fenómeno social y los fenómenos psíquicos de los sujetos que se dejan llevar de esa manera. Párrafos arriba se trataron algunos de los elementos de lo que conocemos como la dinámica de la constitución psíquica de los sujetos singulares. Con ese proceso señalamos la particularidad de que el ser humano por sí solo constata únicamente sucesiones regulares de fenómenos y con ellas puede hacerse una cierta idea de causalidad, que en cierto sentido es íntima. Con esa idea por sí, no puede pensar las cosas o las sensaciones con las que se encuentra y lo excitan. Es un estado en el que la sensibilidad es, por ella misma, ilimitada. En la repetición de la búsqueda el sujeto se encontrará con *un plus* de diferencia: él y el mundo no son los mismos; esa primera idea de causalidad interna implica una relación que no puede ser regular, y retornar a las condiciones iniciales no le es posible, por lo menos para la generalidad del orden de fenómenos que tratamos, ya que él, los objetos y las sensaciones han cambiado; por tanto, no es dable ese regreso puntual, aunque en ocasiones se busque.

Estas particularidades de la experiencia del sujeto tienen sus propias implicaciones en el seno de la agrupación humana. No es posible organizar la experiencia común si ésta se diversifica; de manera que habrá tantas posibles experiencias en torno del mismo fenómeno como integrantes de la agrupación. Cada uno se referirá a sus experiencias y no tendrá la forma de hacerlas inteligibles para los demás y las de los otros le serán igualmente extrañas; no podrá hacer inteligible lo que de las experiencias de los otros se genera como efecto en las propias y por tanto, sin tener algo que las "nombre", tampoco es posible pensar u ordenar la experiencia. Por ello es que, agrupados, los hombres no sólo han tenido la "necesidad" de hacer un poco más perdurables y estables esas representaciones sensibles sino que además han buscado la manera de contener su ilimitación, para poder hacer que la experiencia "encuentre lugar" para

el sujeto y en el contexto de la agrupación, que salga de esa mismidad que la caracteriza, que los sujetos no estén solos en el mundo de su propia sensibilidad. Para llevar a cabo esto la experiencia no basta, es necesario que ocurran ciertas condiciones que le pre-existan y que le sean exteriores, que si bien están formadas de la misma materia, la tendrán que contener. Es aquí donde nociones tales como las de representación colectiva, clasificación social e institución cobran sentido, en tanto que son elementos fundamentales de la constitución del orden de lo social.

De la misma manera que con el proceso de constitución psíquica de los sujetos, partimos de la consideración que la institución de lo social se realiza —también— *apuntalada* en *el primer estrato natural*-, ese *real concreto dado* (Castoriadis, 1983:108-122:1) de los entornos físicos en los que se apoya la vida colectiva; lo social se apuntala en lo natural, de modo que ambos se limitan e incitan mutuamente. Es decir, si la constitución psíquica de los sujetos singulares se lleva a cabo a partir de una relación de mutua interdependencia cuerpo-psyque que reconocemos como dinámica, en el orden de lo social también esta relación es de mutua interdependencia dinámica, en la que tanto lo natural como lo social, el cuerpo y la psique, serán constituidos y modificados en el proceso.

Las representaciones sensibles que los sujetos se formulan de su experiencia en el mundo, para poder adquirir una mayor regularidad —que además no esté remitida exclusivamente a la experiencia singular, pero que a su vez le permita restaurar lo vivido— requieren de ciertos principios que las hagan "estables" y a la vez "comunicables", que las coloque en un lugar determinado del contexto y que permitan al sujeto remitirse a ellas para ponerse en relación con los otros y con él mismo. La clasificación social es la que permite que se reconozcan los linderos que demarcarán los elementos significativos del entorno que han llegado a conjugar los sentimientos de los sujetos y que por efectos de las operaciones sociales podrán ser pensados. En este proceso, tanto sujetos como objetos y elementos del entorno físico se combinan en un orden de clasificación *sociocéntrico* (Durkheim y Mauss, 1903) que tiene relación directa con la organización que presenta la agrupación y que obedece a una cierta manera de entender el mundo que el colectivo se ha formulado, donde quedan establecidas las operaciones que identifican objetos y definen las relaciones que tienen entre sí y con los hombres, con base en la

multiplicidad de propiedades referidas al conjunto social que los ordena, a los sentimientos que ahí convergen y que por tanto se comparten.

La clasificación colectiva aparece no sólo como un mero ejercicio personal o grupal de capacidades cognitivas sino como el proceso social que implica la institución. Las instituciones contribuyen a contener y promover la experiencia singular y además legitimar el proceder colectivo; son ese conjunto de regulaciones que permiten a la sociedad organizar sus modos de proceder —decir y hacer— en torno de los asuntos que le competen y que tienen una significación particular para esa sociedad en cada momento histórico. Este proceso implica un marco de categorías compartido que permite encontrar las relaciones que explican los fenómenos que se constatan para construir mínimos horizontes de inteligibilidad. No es la experiencia solitaria del sujeto sino la posibilidad de referir la experiencia a ese conjunto de clasificaciones en las que se ha podido sedimentar el cúmulo de representaciones sensibles producidas por la experiencia singular y metabolizadas por la colectiva. Como construcciones histórico-sociales que se nutren" de la multiplicidad y complejidad de elaboraciones singulares cuya materia es la propia de los procesos psíquicos son, por así decirlo, no sólo plásticas e inestables sino radicalmente diversas.

En estos procesos las representaciones colectivas son algo más que una simple reproducción de ideas; si bien es cierto que representar es volver a hacer presente algo, en el contexto de los procesos que estamos tratando tienen una cualidad más compleja, *son una fuerza que suscita en su alrededor un torbellino de fenómenos orgánicos y físicos* (Durkheim, 1893:124:1). Esto parecería en cierto grado contradictorio frente a la consideración de que las representaciones son modos de hacer y de pensar instituidos por la colectividad, que ejercen un cierto tipo de coerción sobre los sujetos. Y sí, en realidad son esos modos instituidos que han quedado así definidos porque, como ya decíamos, en su base se encuentran las clasificaciones sociales compartidas. Sin embargo, la coerción que ejercen no está sustentada en la fuerza física con la que la sociedad puede enfrentar a los sujetos para que obedezcan tales imposiciones. Esa fuerza coercitiva es tomada de otro lado muy distinto. Ocurre que las representaciones colectivas que han "condensado" un cúmulo de sentimientos individuales son "reconocibles" por los sujetos como aquellas "marcas" que les permiten reconocerse con y por los otros que las com-

parten; esta resonancia implica consecuentemente una dosis de placer; el sujeto, los sujetos, al reconocerse ahí, en ellas, experimentan el placer del re-encuentro que abre la puerta a nuevos encuentros, a nuevos placeres; les permite a su vez establecer vínculos directos dentro de las redes de relaciones sociales más amplias. Además, la fuerza de la representación colectiva radica en la forma como los sujetos se representan lo que en lo social se impone. Su eficacia proviene de sus propiedades psíquicas que, a pesar de la materia que las compone, se tienen como exteriores al sujeto y adquieren cierta dignidad por medio del reconocimiento del sujeto mismo en lo que de los otros encuentra en las representaciones colectivas y que los otros reconocen y animan.

Por su plasticidad e indeterminación, dichas elaboraciones tendrán que anclarse en algo que posibilite su estabilización temporal y las haga "visibles", tanto para los sujetos en lo individual como para el colectivo mismo. Con ello se permite que la experiencia encuentre expresión en el colectivo, se hagan presentes el cúmulo de acuerdos que las componen y que los sujetos puedan referirse a ellas y con ellas poder establecer cierto tipo de relaciones. Para que esto ocurra, los colectivos llevan a cabo operaciones de estabilización temporal que es posible reconocer como operaciones simbólicas, también aquellas que tienen que ver con la exigencia de la sociedad de que se lleven a cabo "los actos que la realizan"; es decir, los actos por medio de los cuales la sociedad no sólo se hace presente sino que en esos actos se hace y rehace, son los que la dotan de fisonomía, de energía y que por tanto exige de sus miembros. Nos referimos al intercambio y el ritual. En ellos las significaciones se ponen en forma en los cuerpos y los objetos de manera que se crea el efecto de visibilidad.

Con lo expuesto párrafos arriba podemos decir que la fuente de donde adquieren fuerza estas dos formas de representación, es decir, las colectivas y las singulares, es finalmente la misma, pues ambas son incitadas por el deseo. Las representaciones representan la búsqueda del placer, el cumplimiento del deseo, representan objetos que simulen al objeto perdido, que permitan acercarse a la ilusión de haber colmado finalmente esa ansiedad, esa excitación imposible de extinguir para siempre, a no ser a costa de la propia vida, pues esa excitación es lo que de vida misma puede haber. Es lo que Freud definió como lo sexual constituyente del ser humano y asimismo producto de lo que los otros transmiten a través

del agente materno, habiéndolo metabolizado y convertido en algo **lícito**, necesario y contenido por las representaciones colectivas.

Ruptura del vínculo, amenaza al deseo

Relacionada con el desarrollo previo, surge la inquietud de apoyar nuestros planteamientos con la reflexión en torno de acontecimientos sociales que en su ocurrencia nos permitan reconocer algunos de los principales procesos involucrados. Encontramos como ámbito privilegiado para la reflexión aquel generado a partir del fenómeno que puede ser resumido, principalmente, en el enunciado que lo sostiene: "Otro mundo es posible".

Con base en la discusión previa ubicamos dicho enunciado en el ámbito de las representaciones colectivas; con ello implicamos la consideración de que en el proceso anterior a su formulación ha habido dos niveles de registro —el singular y el colectivo—, cuya mutua relación ha dado lugar a lo que opera como apuntalamiento y soldadura entre ambos. En este sentido, tomamos como "ejemplo" el movimiento denominado por algunos como "antiglobalización" y el enunciado anterior como su representación.

Desde Seattle, el movimiento referido se ha hecho notar a partir de distintos puntos de vista y se reconoce compuesto por una gama muy amplia de grupos con objetivos, valores, estructuras organizativas y ámbitos de acción muy diversos. A pesar de tal heterogeneidad, ha podido movilizar un espectro de significaciones que hasta el momento han confluído en afirmaciones categóricas que delimitan dos ámbitos de posibilidad radicalmente distintos. Si bien es cierto que tales afirmaciones han cambiado de reunión en reunión hasta resultar en el enunciado de referencia, todas ellas se han planteado como afirmaciones que son en sí mismas también una especie de llamamiento. En principio, remitían a una negativa a aceptar y por tanto a responder a las reglas impuestas por los tratados de libre comercio; se planteaba una "re-escritura" de esas reglas, una "reacción violenta en contra del libre comercio y la globalización" y sus efectos en la gente común. Luego de haber sido bautizados como "globalifóbicos", de catalogar a los responsables de los foros económicos como "asesinos" y de festejar el retiro de Michel Camdessus¹

¹ Presidente del Fondo Monetario Internacional de 1987 a febrero del 2000.

con "un pastel", en la Semana Internacional contra la Ingeniería Genética se acuñó la frase "La resistencia es fértil" para distinguir la red internacional formada para llevar a cabo la movilización contra ese tipo de prácticas. Algunas de las movilizaciones posteriores se han denominado como de "Justicia global", "Día de acción global", "resistencia" y "carnaval contra el capitalismo". Más adelante, en Genova se declaró la resistencia expresada por el movimiento como "una acción voluntaria y pública que viola las leyes, normas o decretos del poder por considerarlas inmorales [...] un acto ejemplar de quebrantamiento público de la norma", y finalmente en Río Grande do Sul se acuñó la frase de "Otro mundo es posible".

Todas estas frases hacen referencia a una puesta en cuestión no sólo de las regulaciones impuestas por los organismos internacionales encargados de administrar los tratados de libre comercio, sino también de aquellas que se han establecido para permitir que dichos tratados tengan campo fértil para llevarse a cabo en la mayor parte del mundo. Hacen evidente una especie de unilateralidad en la definición del tipo de mundo y en consecuencia el tipo de intercambios con los que los colectivos humanos tendrán que vivir; se pretende hacer patente además que tales definiciones parten del principio fundamental del borramiento de la posibilidad de existencia de cualquier interlocutor; con ello subrayamos la cualidad del principio que se pretende señalar con los enunciados que caracterizan las movilizaciones citadas, ya que no es solamente un desconocimiento u olvido sino que es en sí mismo el borramiento de otro posible.

Lo primero que se nos revela es un llamado, una convocatoria al otro, a los otros, pues evidentemente tiene destinatario(s) y por lo mismo nos remite a la ineludible necesidad del semejante para constituirse como sujeto de deseo (con deseos), así como para mantenerse y conservar los puntos de unión y diferencia entre lo psíquico y lo social que constituye al ser humano. Asimismo, podemos considerarlo como un primer punto de llegada, resultado de un proceso que se ha ido constituyendo como respuesta frente a algo que se intuye amenazante, algo que supone un peligro inminente y que opera como tal para un amplio sector de colectividades en todo el mundo (otra vez en el ámbito de las representaciones colectivas) y ha operado igualmente para los sujetos que forman parte de estos colectivos que surgieron y se identifican entre sí a partir de la misma frase.

En cada uno de los sujetos que integran el movimiento, lo que se juega no es igual; la interpretación, lo que significa en cada uno de ellos es diferente y singular; sin embargo, no podemos obviar que implica igualmente puntos de adhesión y acuerdo, en el sentido tanto de amenaza como de opción frente a ésta. Pero, ¿qué puede ser lo que aparentemente homogeneiza al sujeto y amenaza e incita al vínculo? Planteamos que es la amenaza de fractura del lazo social, provocada, entre otros factores, por la ausencia de garantías del pacto social. Pacto social que entendemos en el sentido de intercambio simbólico, condición y condicionado por los procesos de clasificación social y la institución. El peligro radicaría en la imposibilidad de establecer vínculos en la trama de intercambios que supone lo social.

En general, se ha dado en homogeneizar a los colectivos a los que nos referimos como "globalifóbicos". Más allá de pretender elucidar si es correcto o no el término que se les impone, así es y da cuenta del miedo (fobia) que circula tanto hacia ellos como en ellos. Esto no es casual ni gratuito sino que supone la llamada globalización como el fenómeno a temer y que, sin embargo, al revelarse como tal, oculta la especificidad de lo que tiene —o se significa— como peligroso.

No es propósito de este trabajo proporcionar una explicación absoluta al respecto (de por sí imposible de realizar); planteamos algunos elementos para la discusión de ciertas causas que están en la base de esta problemática y reflejan la mutua sobredeterminación como apoyo e incitación del papel que juega el deseo para el sujeto y en el establecimiento de lo social. Uno de estos elementos está conformado por la legitimación de un discurso ejercido y difundido por los principales actores sociales que detentan el poder, discurso y ejercicio de poder que consideramos antinómico por definición y que por lo mismo resulta impensable, in-metabolizable para el registro (psíquico) del Yo. Porque para poder habitar el espacio del Yo resulta necesario que las representaciones idéicas sean acordes con el principio de realidad y contar con cierto estatuto de verdad, por más que sea transitorio y modificable a cambio de nuevas verdades. El sentido que otorgamos al término verdad corresponde a aquellos enunciados que le han permitido al sujeto encontrar algunas respuestas acerca de su razón de ser, del porqué y para qué tiene sentido su existencia, de construirse primero un lugar que le asegure como sujeto deseante para, posteriormente,

encontrar fuera del espacio familiar a los otros como apoyo e incitación de sus propios ideales, como fuente que alimenta al deseo. Es decir, para poder representar el Yo requiere de enunciados que considere acordes con sus vivencias tanto como que sean compartidos por el conjunto de los otros. Sólo así podrán tener sus pensamientos estatuto de verdad, podrá entonces tolerar que esas verdades sean pasajeras, y podrá hacerlo sólo porque está presente la promesa de nuevas verdades.

Esto entraña un proceso que une y separa lo subjetivo de lo social, en el que la relación de la pareja paren tal con el niño está ya marcada por la relación de esa misma pareja con el medio social en el que está inmersa, proceso denominado por Aulagnier como "contrato narcisista" y que tiene como signatarios al niño y al grupo. Esto significa en principio la no contradicción entre los enunciados maternos y los enunciados del conjunto, un largo proceso que no desarrollamos pero del que tomamos uno de los hilos que lo forman para resaltar que en esta bisagra existente entre los registros subjetivo y social está el peligro de lo que Piera Aulagnier denomina como violencia secundaria, misma que a diferencia de la violencia primaria, necesaria e indispensable, constituye una de las condiciones de producción de la psicosis. Apoyada en su precursora, de la que representa un exceso siempre perjudicial para el funcionamiento del Yo, se ejerce apropiándose abusivamente de los mismos calificativos que la anterior "por *el bien* del otro, necesaria y natural", de tal suerte que puede por esto ser desconocida por sus propias víctimas. Nos dice Aulagnier: *Es en esta área conflictiva* (conflicto entre un Yo y el *diktat* de un discurso social cuya única meta es oponerse a todo cambio en los modelos por él instituidos) *donde se planteará el problema del poder, del complemento de justificación que solicita siempre al saber, y de las eventuales consecuencias en el plano de la identificación* (1991:35). Es decir, aun si el sujeto arribó con bien al destino previsto por y para lo social, si se produjo el deseo como fuente de vida y su reconocimiento como propio para servir de apuntalamiento y dar paso al establecimiento del vínculo social, este mismo vínculo constituyente y constitutivo del sujeto puede ser puesto en peligro debido a que esa misma violencia secundaria podrá ser puesta en marcha por los que detentan el poder en el ámbito de lo social, imponiendo tanto enunciados incongruentes como argumentos que legitiman cualquier acción, e

igualmente apelando siempre a que todo *es por el bien* de la nación, de la sociedad, del Estado, de la paz en el mundo.

Con lo anterior, podemos decir que en la articulación que expresa el deseo hay tanto de materia social como en las instituciones o las representaciones colectivas que las hacen presentes, que los hombres son seres que han transmudado el placer de órgano en *placer de representación* y que lo que impulsa a la creación social es esa *imaginación que se volvió loca, que se desarrolla más allá de toda medida* (Castoriadis, 2001:122) en cada sujeto y que en lo social encuentra sentido y posibilidades de vida. Las elaboraciones sociales cobran forma en la trama de intercambios que hacen posible el vínculo social, no exclusivamente de orden económico —aunque haya de este tipo—, se llevan a cabo en la esfera no-funcional de lo social e involucran la obligación de recibir, dar y darse en el vínculo con el otro. El cumplimiento de esta obligación de reciprocidad permite romper, simbólicamente, con la soledad del sujeto encerrado en su propia mismidad y pone el camino para la creación de solidaridades, de vínculos que van más allá de la transacción comercial y de la consanguinidad; las clasificaciones sociales se encarnan y los sujetos se hacen presentes, se reconocen y son reconocidos.

La consigna de "otro mundo es posible" conlleva la referencia —por oposición— a un conjunto de representaciones que no satisfacen, en el sentido más fuerte de la palabra, los deseos de quienes invocan la posibilidad de otro mundo. No es que los sujetos que la postulan se propongan nada más romper las reglas, desobedecer las leyes o que esas mismas leyes o reglas no las hayan introyectado adecuadamente, es que ese conjunto de representaciones que incluyen un marco específico de regulación no les significan nada, no les proporciona las herramientas que los llevarían a dotar de sentido los actos que realizan, las obras que crean, su vida misma. Más aún, no sólo no satisfacen el deseo de encontrar placer en la representación, de encontrarse en el vínculo con los otros al compartir lo que ese conjunto de representaciones pudieran significarles en tanto representaciones de ellos mismos y del mundo, sino que además las representaciones de ese mundo al que se enfrentan —al que se opone la consigna— y los actos que implican ponen en peligro su posibilidad de vida tanto en el ámbito de las condiciones materiales de su existencia como en el terreno de lo subjetivo. Porque el mundo de las representa-

ciones colectivas, de las instituciones, representa la posibilidad de articulación del deseo en lo singular, brinda las herramientas que permiten que la creación singular se torne creación efectiva, socio-histórica. Por tanto, se juega la viabilidad del proceso de fantasmaticación, del deseo y de la creación social, la capacidad de las sociedades de crearse a sí mismas. Está en juego la capacidad de los sujetos de darse un mundo nuevo de representaciones que los "libren" del sinsentido de la muerte, por eso las reacciones sociales que se han producido —representadas por el enunciado de referencia— genera que estos colectivos se unifiquen ante el riesgo de perderse en el contrato como sustitutivo del intercambio y extraviar ahí mismo toda posibilidad de que su voz y sus pensamientos tengan algún estatuto en el ámbito de lo que hemos formulado como "verdad".

En ese sentido, la consigna de "otro mundo es posible" pone de manifiesto que estamos frente a la concepción de un mundo regulado por la violencia de la imposición de un conjunto de representaciones que privilegia la lógica de lo contractual, con la que la obligación de la reciprocidad se cancela y la red de intercambios que implica el vínculo social queda sometida a la regulación de la transacción mercantil, que obstruye el proceso de la creación singular y social por los efectos de "des-regular" las relaciones sociales (incluidas las de la producción económica), al introducir mecanismos que constantemente desdibujan los límites que demarcan los contornos entre lo posible y lo permisible, que trazan sólo lo que será visible para los flujos financieros, en la medida que sostienen la hegemonía de la funcionalidad de los mecanismos de obtención de ganancias y acumulación del capital, por encima de las posibilidades de creación colectiva, del deseo. La lógica del neoliberalismo y la globalización denunciada por la consigna, implica tanto borrar los límites que cada cultura ha señalado para definir su ámbito de funcionalidad y su ámbito estrictamente cultural —imaginario— como los límites dentro de los cuales el sujeto se constituye humano al cancelar las condiciones de posibilidad para la reciprocidad y la construcción de solidaridades.

Suponemos que frente a esto surge con fuerza la vivencia de desamparo, de incertidumbre casi absoluta, más aún, de puesta en entredicho para el Yo de tener la posibilidad de llegar a vivir un futuro visible. Es la puesta en juego de una especie de sentencia en cuanto a la noción de temporalidad: tener que vivir únicamente en, por y para el presente,

"vivir al día", llevando al extremo la puesta en duda de cualquier proyecto, planeación o acción que se pretenda establecer, pues difícilmente se vuelve pensable conservar al menos la ilusión de que no todo será efímero e incluso inútil. Es una especie de amenaza de condena de muerte para los sujetos porque, si en el orden de la representación singular se encuentra la capacidad de fantasmaticación, que no sólo se hace posible por esa imaginación loca sino que requiere el concurso de lo social, "ese social", ese conjunto de representaciones al que se enfrenta la consigna de nuestro análisis, es un conjunto de instituciones que sostienen las leyes de ese proceso que des-regula e introduce cambios fragmentando los ámbitos en los que inciden y aquellos que por efectos de la complejidad de nuestras sociedades les son solidarios. Porque tales cambios no suelen incidir exclusivamente en la esfera de la transacción comercial donde se generan sino que se hacen sentir significativamente en las otras esferas de la vida social. Las relaciones sociales han llegado al punto de estar permanentemente sometidas a las fluctuaciones de los flujos que alimentan el circuito de la producción y esta condición obligadamente tiene efectos "globales" en la vida de los sujetos.

Con ello tocamos el punto en el que no sólo hablamos de solidaridades entre sujetos o actores sociales sino también entre representaciones colectivas e instituciones, esa solidaridad que se genera a partir de considerar a cada representación como formando parte del complejo conjunto que es la sociedad. Cada representación tiene en sí misma la diferenciación que otra le proporciona en la medida en que al demarcar límites, identidades, marcos de regulación y campos de acción está necesariamente demarcando las condiciones de posibilidad de otras representaciones. No es posible pensar las representaciones colectivas sin esta articulación solidaria, en parte la que hace posible no sólo cierta "funcionalidad" sino que, más importante aún, permite que la complejidad de lo social tenga forma, efecto y posibilidades de cambio. No implica un ajuste perfecto entre representaciones, no es nada más un mosaico estable que sustenta una imagen fabricada de lo social; más bien esa articulación solidaria es la vida de lo social, en la medida que sostiene y anima las tensiones entre las diferentes representaciones que se construyen para hacer coherente cierta concepción del mundo y de los sujetos.

Tales cambios generarán cierto grado de indefinición, de anomia, que implica que los sujetos se encuentren frente a un mundo que no les

representa nada en lo singular ni en lo social y los coloca frente al sin-sentido, al no-placer de la representación, que quizá pueda parecerse al deseo de no-deseo. De manera que en realidad, y es lo que denuncia la consigna, lo que se está evacuando es la fuerza de lo social en su sentido más amplio, lo que para Durkheim fue el papel de "lo sagrado" y para Castoriadis el papel de "lo poiético", aquello que nos separa del orden estrictamente funcional que en cierto sentido obedece, en parte, a lo ya dado, a lo inmutable. Se pone en peligro la articulación del deseo, lo que permite esa "suspensión" simbólica del vacío que implica la des-regulación, suspensión sin la que los sujetos singularmente no sobrevivirían, pues su búsqueda es la que hace al vínculo social tener la fuerza que se hace presente en conminaciones como la que tratamos aquí.

Por tanto, este movimiento social es una aspiración que lleva a creer en la posible realización de los proyectos únicos y exclusivos de cada sujeto. Aspiración al encuentro con el otro, a recibir, dar y darse en la mutua confluencia e incitación del deseo. Pero conservando asimismo la concordancia con el discurso del conjunto, sin poner en entredicho su legitimidad y el derecho a formular sus propias promesas, contando con el reconocimiento y el aval de los otros.

Bibliografía

- Aulagnier, Piera (1991), *La violencia de la interpretación. Delpictograma al enunciado*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona.
- (2001), *Figuras de lo pensable*, FCE, Buenos Aires.
- Durkheim, Emile (1994), *La división del trabajo social*, Planeta, Barcelona.
- (1996), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Ed. Coyoacán, México.
- y Marcel Mauss (1963), *On some primitive forms of classification: contribution to the study of collective representations*, The University of Chicago Press, Chicago.
- Freud, Sigmund (1939) "Moisés y la religión monoteísta", tomo XXIII, en *Obras completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1993.
- Zapolsky, Leonor, "El concepto de realidad en Castoriadis", <http://www.magma-net.com.ar/Textos>.